

Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación

Javier Rodrigo*

Universidad de Zaragoza

«Eso era lo que no conseguía yo captar: la oquedad, la absoluta falta de adecuación entre la facilidad con la que es posible matar y la tremenda dificultad que debe de haber en morir. Para nosotros, era otro asqueroso día de trabajo; para ellos, el fin de todo» (Jonathan Littell, *Las benévolas*, p. 90).

Lo mismo que las manijas del reloj exterior de la estación de trenes de Bolonia, paradas para siempre en la hora trágica de las 10:25 (la del atentado del 2 de agosto de 1980, en el que murieron 85 personas), el reloj de la historia de España parece seguir, para muchos,

* El autor participa en el Proyecto de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación «*Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España*» (HAR2008-05949/Hist), dirigido por Miguel Ángel Ruiz Carnicer. Con él preparé el curso (casi) homónimo que dio origen a este dossier, «Retaguardia. Violencia, movilización y cultura de guerra, 1936-1939», organizado por la Institución Fernando el Católico y que apoyó desde el principio su director Carlos Forcadell. Y suya fue la generosa sugerencia de que recayese solamente en mí el prestigio de coordinar este dossier y escribir esta introducción. Eso no ha hecho sino agrandar la enorme deuda intelectual y personal que tengo hacia él, así como, claro está, nuestra amistad. En el curso, además de los participantes en este monográfico, intervinieron los profesores Santos Juliá, Xosé Manoel Núñez Seixas, Ferrán Gallego, Ángela Cenarro, Francisco Sevillano y Emilio Gentile, a quienes deseo agradecer una vez más sus magníficas aportaciones. Deseo también agradecer sus comentarios y sugerencias a este texto a mis alumnos de doctorado de la Universidad de Zaragoza.

detenido en 1936. Resulta casi indudable que, a día de hoy, la Guerra Civil sigue siendo la latitud del pasado más sensible y presente en la sociedad española y, por tanto, que continúa siendo el alimento preferencial e infinito de identidades y disputas ideológicas y políticas. Más que abierta, parece una puerta que no acabará nunca de cerrarse, ni en la profesión histórica ni en su utilización pública. La demanda de relatos sobre ese pasado trasciende largamente los clásicos umbrales de la historiografía profesional y de la conmemoración, para convertirse en materia de construcción identitaria y política para el presente.

Eso obliga, por fuerza, a más de una reflexión. En estos años de conmemoración, y hasta de judicialización del pasado, parece que esos relatos y los debates que traen aparejados estuviesen sometidos a una constante *vitrinización*, determinada por las inagotables demandas no solamente de conocimiento, sino, sobre todo, de identificación por parte de determinados sectores de la sociedad. De tal modo, y a la vez que se han ampliado los horizontes temáticos y sociales de la historiografía sobre el conflicto de 1936 y se han multiplicado exponencialmente los usuarios (públicos y privados) de sus interpretaciones, observamos cómo ese pasado se ha convertido, en no pocos espacios públicos, en un campo abonado de estereotipos históricos y explicativos. En un país desconocido, extraño, poblado de seres fosilizados en sus posturas más cómodas para el presente. Y en un territorio, en definitiva, que desde luego no visitan solamente los historiadores, aunque en no pocos casos haya sido una determinada literatura histórica, que ha hecho de la simplificación categórica y epistemológica —el *genocidio*, el *olvido*...— su seña de identidad, la que haya favorecido la popularización de muchos de esos relatos binarios, que José Luis Ledesma denomina estampas de *western*, dominados por las categorías morales más básicas —bueno/malo, fundamentalmente—¹.

No poco de eso está determinado por la tendencia a importar las conclusiones de debates interpretativos ajenos y las categorías que de ellos resultan sin importar o, cuanto menos, explorar esos debates.

¹ El concepto de *vitrinización* (un neologismo) proviene de CODELUPPI, V.: *La vetrinizzazione sociale. Il processo di spettacolarizzazione degli individui e della società*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007. La cuestión de la extrañeza véase en LOWENTAL, D.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998 [1985]. La de la fosilización, en TRAVERSO, E.: *El pasado: instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

Contra homogeneizaciones y estandarizaciones, y coherente con la necesidad de explorar los diferentes debates historiográficos sobre la Guerra Civil y las categorías históricas con las que la interpretamos, este dossier tiene como objetivo profundizar en el conocimiento del espacio, físico y simbólico, donde echan sus raíces (y a partir del cual se construyen) los relatos predominantes sobre la Guerra Civil: la retaguardia. En consonancia con los avances que en materia histórica e interpretativa sobre el periodo de entreguerras vienen realizándose en Europa —y frente a los cuales no podemos permanecer impermeables—, el análisis de la Guerra Civil española se articula cada vez más en torno a las dinámicas culturales, sociales y políticas que determinan, limitan o acompañan a los acontecimientos *estrictamente* bélicos. Y de esas dinámicas, tres sobresalen cuantitativa y cualitativamente: la violencia, la movilización y la cultura (de guerra). Las tres enfocadas, de manera directa o lateral, desde las necesidades impuestas por el cada vez más fecundo terreno del estudio de las identidades colectivas y de sus mecanismos sociales de articulación, imposición o resistencia. Uno de los grandes retos de la historiografía sobre la Guerra Civil española está, por tanto, en ahondar en el análisis y conocimiento del proceso de construcción de las culturas y entramados culturales que, encaminados hacia la justificación del conflicto, otorgaron cohesión, identificación social de y con los *bandos* en liza —definición e identificación, pues, propia y, a su vez, del otro— y, por fin, el embotamiento de la empatía y la aceptación de la cotidianidad y hasta idoneidad de la muerte del enemigo. Y eso, referido a la guerra del 36, no es otra cosa que estudiar y explorar el proceso de construcción de un cambiante espacio físico y simbólico, la retaguardia, que no sólo fue apoyo, sostén y granero de la primera línea, la del frente —con la que está fuertemente interrelacionada—, sino que constituyó también, en sí misma, una primera línea de guerra, atravesada por relaciones de poder y disputas ideológicas y políticas.

La española fue, pues, una guerra combatida en los frentes pero vencida en las retaguardias. Frente y retaguardia suponen, en un contexto bélico, dos universos fuertemente interrelacionados, hasta el punto de determinarse mutuamente. El desarrollo de cuanto acontece en las trincheras influye fuertemente en la vida política, cultural y social de la retaguardia. Y, viceversa, también la construcción social, cultural, política e identitaria en las retaguardias constituye, limita y modela la vanguardia bélica y, por ende, la evolución de la guerra. Y si

eso es así para cualquier proceso bélico, lo es aún más en una guerra civil como la española de 1936-1939, por cuanto las fracturas sociales, las violencias cruzadas, la concepción del civil como objetivo primario y prioritario y la expulsión del enemigo (real, potencial, imaginario, imaginado) de la misma *civitas* trajeron aparejadas la construcción de sociedades antagónicas tras las trincheras y los frentes, a lo largo de un conflicto armado a gran escala y de larga duración —una y otra equiparables en su momento, respecto a otras guerras civiles del siglo XX, tan sólo al conflicto ruso de 1918-1922—. Un conflicto, además, atravesado y determinado, en sus formas y en su fondo, por las transformaciones implícitas a la guerra total emanadas de los fuegos de la Primera Guerra Mundial².

Una definición compleja del espacio de la retaguardia debería adentrarse en terrenos abstractos y resbaladizos. Aunque eso, claro, no haya sido siempre así. La acepción más utilizada hoy día del término *retaguardia* no se encuentra en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua hasta 1970, y en su Suplemento. Hasta entonces, y desde 1737, la única acepción registrada era la de la retaguardia como «postrer cuerpo de tropa, que cubre las marchas y movimientos de un Ejército», y su utilización se acotaba desde 1817 con la expresión «picar la retaguardia», es decir, «seguir al enemigo que se retira». Desde 1970, el Diccionario recoge prácticamente sin alteraciones dos acepciones más ajustadas al uso consuetudinario y actual del término: la tercera, «En tiempo de guerra, la zona no ocupada por los ejércitos» y, sobre todo, la segunda, «Hablando de una zona ocupada por una fuerza militar, la parte más alejada del *ene-*

² Sobre guerras, conflictos a gran escala y muertes masivas tratan muchos de los libros que, en los últimos años, se dedican a su análisis comparativo. Destacan, entre otros, BOURKE, J.: *An intimate History of killing: face-to-face killing in Twentieth Century warfare*, Londres, Granta, 1999; GELLATELLE, R., y KIERNAN, B. (eds.): *The spectre of Genocide: Mass murder in historical perspective*, Cambridge University Press, 2003; BALDISSARA, L., y PEZZINO, P. (eds.): *Crimini e memorie di guerra. Violenze contro le popolazioni e politiche del ricordo*, Nápoles, L'Ancora del Mediterraneo, 2004; EL KENZ, D. (ed.): *Le massacre, object d'histoire*, París, Gallimard, 2005; GRIBAUDI, G. (ed.): *Le guerre del Novecento*, Nápoles, L'Ancora del Mediterraneo, 2007; MANN, M.: *El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia, PUV, 2009 [2005], o TOTTEN, S., y PARSONS, W. S.: *Century of Genocide. Critical essays and eyewitness accounts*, Londres-Nueva York, Routledge, 2009 [1997]. Me he dedicado con más profundidad a revisarlos en RODRIGO, J.: «Continente cementerio. Fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945», *Ayer*, 74 (2009), pp. 243-261.

migo»³. Es decir, la retaguardia, en primer lugar, como espacio (si bien, casi exclusivamente, geográfico) y no solamente como parte militar de un ejército; en segundo lugar, como interrelación, algo laxa en estas definiciones, pero presente sin duda, entre la fuerza militar (ocupante) y la población (ocupada); y en tercer lugar y más importante, como lugar alejado del enemigo, pero definido por su situación respecto al mismo.

La Guerra Civil y sus retaguardias, tal y como las entendemos aquí, no serían sino unos escenarios y espacios, eminentemente, de *transformación*, de disolución de categorías y fronteras culturales. Y, por encima de todo, de transformación humana. Varios son los aspectos relativos al conflicto del 36 que ratificarían esta imagen, y van a traerse a colación a lo largo de este dossier. Pero por encima de todos despunta el de las violencias y, más en particular, el de la violencia contra los civiles. Un tema palmario y paradigmático en los planos tanto historiográfico como interpretativo: palmario por cuanto, incluso a falta de reflexiones teóricas de mayor calado y espesor de las que suelen encontrarse, ha sido el motor que ha tirado de parte de la historiografía sobre el conflicto en aras de una reinterpretación del mismo en clave de guerra de exterminio. Y paradigmático, puesto que de su exploración han surgido elementos interpretativos sin los cuales ya no podríamos comprender la Guerra Civil, sus contornos, sus objetivos, sus culturas políticas o, en el territorio de lo concreto, la enorme tasa de sangre con la que se saldó.

Los civiles (o incluso *lo* civil) fueron objeto preferencial de la guerra en 1936. Y eso, por fuerza, nos debe llevar a revisar incluso el significado mismo del propio proceso bélico. Si en un sentido podemos llamar civil a la guerra española, no es tanto —o no es solamente— porque se desarrollase en el marco de una misma unidad política y territorial, y encaminada hacia su control y poder. Es, sobre todo, porque la española de 1936, y sobre todo en ese año, fue una guerra, eminentemente, *contra* el civil⁴. Fueron mayoritariamente civiles los que sufrieron la persecución, el asesinato o la deportación. Fueron

³ Los Diccionarios Históricos de la Real Academia pueden consultarse en <http://buscon.rae.es/nille/SrvltGUIMenuNille?cmd=Lema&sec=1.1.0.0.0> [consulta: 20 de octubre de 2008]. Su 22.ª ed. en <http://www.rae.es/rae.html> (las cursivas son mías).

⁴ RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

sobre todo civiles, no combatientes, los que soportaron bombardeos sobre pueblos y ciudades, fue su sangre la que regó las tapias de los cementerios y las cunetas de los caminos, y fueron sus huesos los que por lo general llenaron las fosas comunes de Teruel, Ávila, Zaragoza, Barcelona o Madrid⁵. En virtud de la radical disolución —típica, por otra parte, de la guerra total— de las clásicas diferencias entre lo militar y lo civil, entre el combatiente y el no combatiente, realizada a raíz del golpe de Estado de julio de 1936 y en virtud, a su vez, de la movilización total para la guerra y de la lógica del exterminio del contrario amparada bajo las políticas de eliminación y limpieza de la retaguardia, lo civil se transformó en combatiente y, en consecuencia, fue objetivo bélico de primerísimo orden. En una reducción tan dramática como real, pues la mayoría de testigos y víctimas de las violencias de retaguardia así lo señalan, el conflicto armado iniciado en julio del 36 supuso, para miles de personas, no más que el asesinato, la muerte, la desaparición de uno o varios familiares.

La violencia política (o como se ha denominado habitualmente, la *represión*, término que ha de ponerse, cuanto menos, en cuarentena) no fue, pues, un incidente, un añadido a la guerra, sino que constituye la materia de su naturaleza misma⁶. De hecho, que durante el primer año de contienda, en el que se llevaron a cabo el grueso de las matanzas en las retaguardias, fuese mayor el número de víctimas mortales por ese motivo que en los frentes de guerra significa o puede inducir, al menos, a pensar tres cosas. En primer lugar, que la guerra —y más concretamente, el golpe de Estado— se hubiese preparado, organizado y puesto en marcha, entre otros motivos, para servir como

⁵ Los bombardeos sobre civiles como parte de la «guerra total» en RANZATO, G.: «Guerra civil y guerra total en el siglo XX», *Ayer*, 55 (2004), pp. 127-148.

⁶ Un término, el de represión, utilizado a veces con demasiada simpleza, por cuanto presupone una respuesta ante un hecho precedente, y que no abarca la caracterización preventiva que tuvo en muchas ocasiones la violencia en retaguardia. Algunas cuestiones terminológicas en CRUZ, R.: «Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), (<http://hispanianova.rediris.es/7/>); RODRIGO, J.: «1936: guerra de exterminio, genocidio, exclusión», *Historia y Política*, 10 (2003), pp. 249-258; LEDESMA, J. L.: ««La santa ira popular» del 36: la violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en LEDESMA, J. L.; MUÑOZ, J., y RODRIGO, J. (eds.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 147-192; LEDESMA, J. L.: «El 1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la guerra civil y sus narrativas», *Historia Social*, 58 (2007), pp. 151-168.

marco de oportunidad y contexto necesario o, mejor, como medio, condición propiciatoria para ese otro (aunque cabría tal vez decir *verdadero*) proyecto, el de la limpieza política de las retaguardias⁷. En segundo lugar, que la paralización mediante el terror fue el mecanismo privilegiado de poder en el verano sangriento de 1936. Por su naturaleza relacional, comunicativa, nueva y pedagógica; pero también, y sobre todo, por su carácter masivo y colectivo. Y en tercer lugar, que el asesinato y la eliminación necesitaron de la construcción previa (y también paralela) de unas culturas políticas encaminadas a la definición y exclusión del otro, del enemigo, a la aceptabilidad de la violencia. Sin esos tres elementos no puede comprenderse la radicalidad con que la muerte se apoderó de las plazas y las calles a partir de julio, ni la naturaleza de esas violencias. Y es que no se eliminaba ni se juzgaba solamente por motivos individuales, ligados a la actuación concreta del finado, del *ajusticiado*. Se acababa con la vida del otro por razones *supraindividuales*: por pertenecer al enemigo, o por representar los caracteres más o menos estereotipados del mismo⁸. El objetivo era limpiar, corregir, proteger, sanar a la verdadera comunidad nacional, como proyecto constructivo de destrucción: con una violencia, por tanto, entendida como medio necesario para la edificación de una sociedad mejor a través del derrumbe, el incendio, la purificación, la transformación de la sociedad, del espacio y del individuo.

Fue, pues, al menos en sus primeros y decisivos compases, una guerra contra el civil ejecutada mediante mecanismos de terror (la forma social del miedo individual, para Hannah Arendt). La guerra española formaría de esa manera (o cabría decir: también por ello) parte de un proceso en el que la historiografía sobre la (generalmente, mal) denominada Segunda Guerra de los Treinta Años o «guerra civil europea» ha puesto, eminentemente, la mirada sobre las dos guerras mundiales, pero cuyos jalones también están hechos de las dife-

⁷ En ese sentido, pero para otra guerra y otro proyecto de limpieza política, social y racial, véase ALY, G., y HEIM, S.: *Architects of annihilation: Auschwitz and the logic of destruction*, Princeton, Princeton University Press, 2002, p. 3. Véanse, también, ALY, G.: *Final Solution: Nazi population policy and the murder of the European Jews*, Londres, Hodder Arnold, 1999; HERBERT, U. (ed.): *National Socialist extermination policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Oxford-Nueva York, Berghahn Books, 2004.

⁸ La cuestión de la *supraindividualidad* en OLIVER, P.: *Historia de la pena de muerte en la España contemporánea*, Madrid, Síntesis, 2008.

rentes guerras civiles —o procesos de confrontación paramilitar— europeas de los años veinte, treinta y cuarenta⁹. En la Primera Guerra Mundial, la proporción de muertes de no combatientes respecto a las de combatientes se sitúa entre una sexta y una tercera parte. La proporción durante la Segunda Guerra Mundial, el conflicto bélico contra la población civil por naturaleza, se sitúa en los dos tercios de las muertes atribuibles a la guerra, siempre siguiendo a Alan Kramer¹⁰. Durante la Guerra Civil española, la proporción entre víctimas mortales no combatientes y combatientes se podría situar en torno a algo más de la mitad. Eso, con todas las cautelas metodológicas y terminológicas, a falta de un desglose concienzudo de las víctimas ocasionadas por los bombardeos sobre pueblos y ciudades, y de estar en lo cierto tanto las investigaciones sobre registros de muertos en combate que situarían esa cifra en torno a 167.000, como las mucho más recientes y contrastadas sobre víctimas de la violencia política en ambas retaguardias, que la colocan alrededor de las 185.000: 55.000 en la retaguardia republicana y, probablemente, unas 130.000 en la franquista, sumando los datos fiables ya recogidos a las estimaciones para provincias importantísimas como Ávila, Zamora o León y considerando, además, buena parte de las muertes en zonas como Levante y Madrid, ocupadas al final de la guerra, como víctimas *de* guerra y no de posguerra, al ser asesinadas durante o inmediatamente después (y a resultas) de la ocupación militar¹¹.

En una escala global, por tanto, la guerra española no fue tan relevante, ni desde un punto de vista tecnológico ni en cuanto a pérdidas humanas, como otros conflictos bélicos del corto siglo XX. Pero eso no le resta, sin embargo, importancia interna en términos cuantitati-

⁹ Véase, sobre todo, TRAVERSO, E.: *A ferro e fuoco. La guerra civile europea, 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007. También RANZATO, G. (ed.): *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994.

¹⁰ KRAMER, A.: *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 334, y en el artículo incluido en este dossier. Véase una reflexión global en este sentido en KERSHAW, I.: «Guerra y violencia política en la Europa del siglo XX», en su importante recopilación de artículos *Hitler, los alemanes y la solución final*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009, pp. 569-599, artículo publicado originalmente en inglés en 2005.

¹¹ SALAS, R.: *Pérdidas de la guerra*, Planeta, Barcelona, 1977; JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999; más las actualizaciones de los datos en Galicia, Castilla-León, País Vasco, Cantabria, Cádiz y las Baleares. Véase RODRIGO, J.: *Hasta la raíz...*, *op. cit.*

vos y cualitativos, ni su espacio, de enorme relevancia específica, en la historia contemporánea —y en particular de la Europa de entreguerras— del terror. El elemento característico de la Guerra Civil que más llamativa y radicalmente la sitúa entre la panoplia de las guerras totales y las guerras de exterminio contemporáneas está, precisamente, en la centralidad de la violencia en el interior de las relaciones sociales de las retaguardias, y como vehículo de comunicación entre ambas retaguardias (o estados, como se prefiera) enfrentadas. No se trata de homogeneizar tanto el pasado sobre el rojo oscuro de la sangre como para que no se dejen percibir otros matices cromáticos. Se trata, sin embargo, de que la guerra comenzó con el terror, en la doble y paralela fase de golpe de Estado y revolución obrera, y su evolución posterior estuvo determinada por el mismo. La historia de la Guerra Civil está marcada por la de una violencia en los frentes y en las retaguardias de tipo acumulativo. Y entre julio y, aproximadamente, diciembre de 1936, se superaron varios puntos de no retorno en esa historia española del terror contemporáneo.

Eso necesita de una explicación de carácter histórico que, además de constatar las cifras totales de la violencia y observar sus continuidades y discontinuidades, sus porcentajes y asimetrías (lo que no debe ser un punto de llegada, sino más bien de partida), atienda a su dimensión cronológica, pues no se comprenden sin ella, y la ponga en relación con el resto de fenómenos característicos de la vida en retaguardia que, a la postre, han erigido la guerra española en la cumbre de la contemporaneidad violenta hispana, en alimento inagotable de prácticas rememorativas y de construcciones identitarias. Como recuerda Jan T. Gross, detrás de cada asesinato hay decisiones concretas, beneficiarios, verdugos y víctimas, no solamente países ni ideologías, añadiríamos nosotros¹². Nada de cuanto aquí se explica tiene sentido sin atender a cómo el golpe de Estado de 1936 rompió los frenos y ataduras de la violencia política, haciendo explotar en forma de crisis armada la santabárbara social. Ni la situación del orden público ni la capacidad movilizadora, más allá de la propaganda, de los conspiradores derechistas contra el gobierno de izquierdas hacía suponer que España estuviese abocada irremisiblemente a una guerra civil. El hecho de que, al calor del golpe de Estado, se resquebrajasen rápida y radical-

¹² GROSS, J. T.: *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002.

mente las cadenas de contención de la violencia, y que esas estuviesen ya bastante dañadas por los mecanismos de identificación del enemigo y de lucha política de los meses anteriores a julio del 36, no debe llevar a conclusiones ahistóricas motivadas por necesidades extraintelectuales. Que «el alzamiento se estaba viendo venir», casi como un irrefrenable fenómeno meteorológico ante la «insostenible» situación de una República que «no conseguía traer paz y orden», como alguien ha afirmado, resulta una conclusión, además de ucrónica, inadmisiblemente¹³. Pero una vez rotas esas cadenas de contención, con las armas invadiendo el espacio público, bajo el estruendo de los disparos y entre el olor de la pólvora, las cosas serían bastante diferentes.

El golpe abrió un marco de posibilidades radicalmente nuevo, en el cual los actores políticos y sociales actuaron en función de sus repertorios de movilización ya conocidos y experimentados, lo cual nos situaría en la pista de analizar las continuidades entre preguerra y guerra, pero llevándolos a los extremos a los que los abocaría la nueva situación. Fueron el golpe militar y sus consecuencias, por tanto, los que destrozaron la legalidad vigente y la unidad de las fuerzas coercitivas. Fueron, así, las armas, las que verdaderamente hablaron en las primeras semanas después del 17-19 de julio. Y fue, en definitiva, la violencia la que terminó de definir al enemigo (y al amigo). Superados los tabúes sobre su empleo, paulatinamente desactivada y embotada una empatía sacrificada en el altar de la revolución o del levantamiento, y convertido con el fragor bélico el adversario político en enemigo delimitado (y, al poco, deshumanizado), se podía, y se debía, proceder a su eliminación masiva, a su exterminio profiláctico. A la violencia contra el enemigo de clase o contra el rojillo. Con esa exacerbación de las fracturas sociales se creó el espacio propicio para el definitivo asentamiento y afianzamiento de mitos y representaciones del enemigo preexistentes, multiplicadas exponencialmente en las cajas de resonancia del golpe y de la revolución¹⁴. Y así, en un bre-

¹³ El artículo, de compleja gramática y delirante estructura (a destacar su identificación entre «cultura» e «izquierdismo» como obstáculo para conocer la «verdad del pasado»), es el de LLERA, L. de: «La cultura española y la Guerra Civil», en BULLÓN DE MENDOZA, A., y TORRES, L. E. (coords.): *Revisión de la Guerra Civil española*, Madrid, Actas, 2002. Sobre la supuesta inevitabilidad de la guerra, MORADIELLOS, E.: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004, pp. 68-86.

¹⁴ LEDESMA, J. L.: «Las fuentes locales de la violencia: conflictividad rural, fractura social y contrapoderes en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra

vísimo margen de tiempo se impusieron en las neonatas retaguardias las retóricas y los discursos de alienación del enemigo, la homogeneización de la sociedad y, con ella, las responsabilidades colectivas. Parece claro, pues, que la construcción y éxito de estereotipos (como el fascista y el de la anti-España), que no fueron otra cosa que la idealización del enemigo y de su discriminación de cara a su expulsión de la *civitas*, no tendrían sentido sin unos elementos culturales previos. Pero tampoco habrían tenido concreción práctica ni, por tanto, la trascendencia histórica que cabe atribuirles desde la actualidad, sin la invasión de violencia que desbordó los espacios públicos y que fue la primera en desencadenarse. Y, en cualquier caso, acabar con esos enemigos e implicarse en esas violencias acabaría convirtiéndose en condición *sine qua non* para pertenecer al *nosotros*, llevando paulatinamente al extremo la sentencia de A. J. Kaminsky, según la cual toda dictadura (o, en este caso, proyectos de dictadura) no es sino una pirámide de dictadores¹⁵.

Como en la mítica caja, detrás de la violencia habrían escapado el resto de males, para explicarla, justificarla y legitimarla. La implantación de unos discursos excluyentes y unívocos que acabarían cristalizando en identidades colectivas estandarizadas y retroalimentadas no fue, sin embargo y a juzgar por los análisis de Santos Juliá, una tarea sencilla¹⁶. En unos primeros compases del conflicto en los que la pluralidad de voces que definían lo propio y lo ajeno —al nosotros y (pero sobre todo, en función) al ellos—¹⁷ se agolpaba y buscaba su

civil», en FRÍAS, C., y RUIZ CARNICER, M. A. (coords.): *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 261-271. Sobre las imágenes del enemigo y sus empleos, véanse NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war», en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge University Press, 2005, pp. 45-67; íd.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Sobre la construcción de la imagen del enemigo en la retaguardia sublevada, véase SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

¹⁵ KAMINSKY, A. J.: *Konzentrationslager 1896 bis heute. Eine analyse*, Stuttgart, Kohlhammer, 1982.

¹⁶ JULIÁ, S.: «Los nombres de la guerra», *Claves de razón práctica*, 164 (2006), pp. 22-31.

¹⁷ No puedo dejar de citar como referencia el estupendo trabajo de MORO, S.: *Ellos y nosotros*, Madrid, Blume, 2006, un estupendo ensayo visual sobre la Guerra Civil, posiblemente el más rico y complejo de los que puedan encontrarse en la actua-

espacio de poder, la polisemia solamente era superable mediante el recurso a los estándares menos definidos y de contornos más romos, menos precisos: a nociones de culturas políticas con bastante de indefinición interna y, por tanto, mucho de definición de sus límites y, por contraste, de lo situado fuera de ellos. Podría decirse, así, que esas identificaciones se definieron por contraste, en negativo. Tuvieron, en ese marco y ese tiempo esencialmente *nuevos*, especial éxito las del enemigo encarnado bajo las formas ideales del comunismo entre los sublevados, y del fascismo entre los revolucionarios. Y de esa manera, se situaron los estándares para la identificación propia, esquema general para desarrollar en él culturas de guerra tendentes hacia la equiparación entre el ideal identitario y la práctica política cotidiana. En la retaguardia republicana, la imagen estereotipada del fascismo dio forma al antifascismo pero, también, fue un recorrido hecho en la dirección contraria: también el antifascismo dio forma retórica e imaginaria al fascismo, legando así unos modelos interpretativos definidos que aún hoy acompañan al análisis general de la Guerra Civil¹⁸. Tras la otra trinchera, el estereotipo de los comunistas tuvo especial éxito, evocador de los miedos que despertaba lo que Hobsbawm llamó *fantasma* de 1917. Al poco tiempo llegaría la supremacía de la gran idea-fuerza, el mito (o, según como se interprete, el mitologema) negativo de la anti-España, ofrecido en bandeja por una Iglesia creadora de discurso y definición ante la imposibilidad de encontrar otras amalgamas de consenso. Aunque, para entonces, el punto de no retorno hubiese sido ya largamente atravesado.

El desarrollo de unas culturas propias y específicas en retaguardia, inventoras (o re-inventoras) de legitimidad, construidas sobre ele-

lidad y que, desde luego, trasciende largamente el formalismo habitual en los libros de fotografías, históricas o no, sobre el conflicto.

¹⁸ Sobre fascismo y antifascismo trata la imprescindible obra de GALLEGO, F.: *Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debate, 2007, a la que el autor añadiría en su edición de bolsillo un título tremendamente clarificador: *La crisis del antifascismo*. Algo sobre ese asunto lo apunté en el ensayo bibliográfico que le dediqué a las publicaciones recientes sobre la guerra, RODRIGO, J.: «Tirarse los muertos y los libros a la cabeza. Modos de ver la Guerra Civil española», *Alcores*, 2 (2006), pp. 247-273, aunque para adentrarse en estereotipos y cosmovisiones sobre la guerra, ningún artículo como los de CASANOVA, J.: «Guerra Civil, ¿lucha de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20 (1993), pp. 135-150, y UCELAY DA CAL, E.: «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6 (1990), pp. 23-46.

mentos precedentes pero redimensionadas por la aceleración histórica que supusieron, primero, el golpe de Estado y la subsiguiente apertura de la espita revolucionaria y, luego, la Guerra Civil *stricto sensu*, no parece haber sido hasta la actualidad un tema que haya despertado demasiado interés en la bibliografía sobre el conflicto¹⁹. De ahí que el debate en torno a la existencia, o no, de unas culturas de guerra haya tenido un calado mínimo en lo referido a la guerra española, interpretada muchas veces desde el paradigma de la excepción, la unicidad y la inoperatividad (implícita, pues rara vez se hace explícita) de los modelos y categorías interpretativas externas. Así, quedan por explorar esas culturas, que estarían tejidas con mimbres emocionales preñados de sacralidad, reconocibles en ambas retaguardias (y, también, en las de otras guerras nacionales e internacionales) y que abarcarían la demonización del enemigo —al que se reservará un espacio preferencial, por cuanto no solamente es ajeno sino, también, vecino, cercano—, la construcción de un relato legitimador y movilizador coherente e inteligible o, por fin y en consecuencia directa de esto último, la gestión de la perduración del mismo, en forma de memoria del conflicto y de la violencia.

A fin de cuentas, de existir las culturas de guerra, término del que se va a hablar largamente en este dossier, estarían nutridas preferente y fundamentalmente de diabolización del enemigo, construcción retórica de un relato autojustificativo en el pasado remoto y cercano, culto a los caídos y exaltación de la figura del líder carismático: nutridas, por tanto, de relatos de violencia. Pero no sólo: las culturas de guerra, además de una vehiculación, digamos, vertical, en forma de propaganda y de movilización de recursos, además de un *diktat* impuesto por el poder en la retaguardia en aras de la movilización de recursos para la guerra, y además de una práctica para legitimar la eliminación del contrario, nutrirían y partirían desde elementos de identificación que servirían para construir *en positivo* lealtades e ideales colectivos que acarrearían para la población una intensísima y, al

¹⁹ Dos excepcionales trabajos desbrozaron el camino en lo relativo a culturas, identidades y guerra: UCELAY DA CAL, E.: *La Catalunya populista: imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, Edicions de La Magrana, 1982, y UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Véanse otras excepciones en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The splintering of Spain...*, *op. cit.*

menos al inicio, eufórica experiencia de modernidad, de nacionalización. Supusieron, pues, utopías concretas, unificadoras e igualitarias, pero indisolublemente relacionadas con el contexto bélico (y amplificadas por el mismo) y constituidas en relación con la utilización y justificación de los mecanismos de violencia política. Fue, pues, la guerra la que dotó de contenido al fascismo y al antifascismo en España, y no al revés. Y a partir de esa premisa es como, a mi juicio, podremos hoy hablar de un proceso de sacralización de la política²⁰.

En cualquier caso, y de cara a explorar la operatividad de las nociones generales sobre las que se basan los debates que se reproducen en este dossier, es necesario considerar que para hablar de una cultura de guerra en España como categoría operativa, ésta debe englobar no solamente las prácticas de identificación grupal frente al enemigo en tiempo de guerra, sino también cualquier tipo de prácti-

²⁰ La idea del *diktat* proviene de LEDESMA, J. L.: «El lastre de un pasado incauto: uso político, memoria e historiografía de la represión republicana», en FORCADELL, C., et al. (eds.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 33-53. Sobre el fascismo como «dictadura de favores mutuos» y la violencia como amalgama de identificación y aprovechamiento, véase ALY, G.: *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2006, cuyo subtítulo en castellano dice exactamente lo contrario de lo que pretende explicar el autor, y de donde proviene la idea de la utopía concreta y unificadora. También en esa línea, GALLEGO, F.: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, y, más lateralmente, en GELLATELY, R.: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002. Para el planteamiento de la cultura de guerra como religión política es necesaria la obra completa y original, que pierde bastante en las traducciones, de Emilio Gentile, y en particular GENTILE, E.: *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari, Laterza, 2001. También es necesario dejar de considerar el concepto como una mera sustitución de la religión por la política, o como la invasión de la segunda en el espacio de la primera, y entenderlo ante todo como la elevación a carácter sagrado, objeto de culto y devoción y centro de rituales y creencias, de la política, la nación, el Estado o la ideología en la era de las políticas de masas. Sin embargo, en su formulación tiene un encaje complejo, como el propio autor reconoce, el contexto bélico y, en particular, el de una guerra civil. Y eso debe mover a una reformulación contextualizada para la España en guerra, y no a una mera transposición no de los debates, sino de sus conclusiones. Dos aproximaciones hacia la validez de esa categoría para la España de Franco (hasta donde sé, no se ha empleado para la España republicana, aunque en sí misma la sacralización de la política no es exclusiva del fascismo), en SAZ, I.: «Religión política y religión católica en el fascismo español», en BOYD, C. P. (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 33-55, o en COBO, F.: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.

ca cultural que, en tiempo de guerra o de paz, identifique, aliene o, en definitiva, construya la imagen personal y grupal *propia* frente al *otro*. El concepto debe su significación, relevancia histórica y calado semántico a su aplicabilidad para tiempos de *paz*: relacionada con el tiempo de *guerra* —como preparación o como continuación— pero enclavada en marcos no bélicos. También son «cultura de guerra», por tanto, las prácticas encaminadas hacia la percepción de la vida y de la identidad como de *combate permanente* frente al no-yo, el no-nosotros en función al cual definirse, estereotipado y estandarizado²¹. Lo cual une bajo la misma categoría los tiempos de guerra y posguerra, y revela que la cultura de guerra exitosa fue, fundamentalmente, la franquista. Lo que se perseguía, en todo caso, era la legitimación en todo orden del saqueo, la rapiña de los vencidos y, con ella —o mejor dicho: derivada de la misma—, de la construcción de una comunidad nacional fuerte, la de la Victoria, amalgamada en el beneficio y la demonización, exclusión, aprovechamiento y explotación del *otro*: del enemigo al que se le reservaba un lugar de imprecisa ubicación intelectual —no deja de sorprender la perversa vaguedad descriptiva—, pero preferencial en el espacio social y del poder. El *nosotros* se definía desde y en función al *ellos* y a la distancia que mediaba entre unos y otros. *Ellos*, pues, tenían reservado un espacio tan importante como *nosotros*.

Destaca así, a la hora de entender la capacidad movilizadora en las retaguardias, la dimensión que los símbolos, las imágenes y las retóricas identitarias tuvieron a lo largo de la contienda a la hora de constituir la pertenencia a la comunidad. Y en particular, cómo lo sagrado y lo laico (aunque predominando lo primero), lo tradicional y lo nuevo, los símbolos políticos y del poder, así como el relato estereotipado sobre el pasado remoto y cercano, fueron investidos de nuevos significados²². La identificación simbólica, además, sirvió como polo atrayente para la aceptación e interiorización de los proyectos políticos excluyentes definidos por retroalimentación, el antifascismo y el fascismo, y para contribuir al odio o, al menos, a la falta de empatía hacia las víctimas de una violencia desbordada en todo el escenario de la

²¹ Algo más restrictivo en la utilización del concepto se muestra GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

²² Se sigue, por tanto, la estela dejada por CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

retaguardia, y cuya aceptación formaría parte sustancial de los proyectos de sociedad antagónicos que se enfrentaron en los frentes del 36-39. En una retaguardia llena de símbolos y carteles, atestados los tranvías y las paredes de carteles multicolores o grafitos monocromos y de frases conminativas en agresivas mayúsculas —acompañadas por unos no menos impactantes signos de exclamación—, ocupadas las calles por pañuelos, correajes, uniformes, armas y olor a pólvora, las escuelas por ejercicios de autoafirmación, las iglesias por militares o por milicias (en ambas retaguardias se ocuparon las iglesias, en una con la connivencia de sus titulares y en la otra no); en medio de un tiempo ocupado por la movilización, por los ritos funerarios y de exaltación de los *nuestros* o por la invasión, generalmente súbita, violenta e inesperada, del espacio público por la presencia —real o no— del enemigo (el enemigo al que se combate y frente al cual nos definimos; el enemigo que *nos* bombardea; el enemigo que ocupa el pueblo, que entra por la calle mayor): en esos espacios y ese tiempo, lo simbólico tuvo una importancia inusitada, *vital*, en el sentido más completo de la palabra. Levantar el puño con fuerza, o alzar el brazo en saludo fascista con energía (en definitiva: con violencia), establecía los límites de las relaciones interpersonales, del Poder con los individuos, y viceversa. Al igual que en la Rusia de 1917 y la Alemania de 1933, el arco que ocupaban los brazos al levantarse medía a su vez las pretensiones de poder sobre el espacio público²³.

Y en eso, en la ocupación de la calle, en el deseo de absorción, de apropiación total de la muerte y de la vida tras las trincheras, también la guerra española supuso un jalón de las dinámicas europeas, por supuesto con sus propias características. España no aprendió sólo y

²³ FRITZSCHE, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 29. Sobre las políticas de inclusión, STEPHENSON, J.: «Inclusion: building the national community in propaganda and practice», en CAPLAN, J.: *Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 99-121. Fuentes para referirse a estas dinámicas en la España en guerra no abundan fuera de la literatura y la hemeroteca, pues además requieren de un componente espacial y figurativo al que no está demasiado acostumbrado la historiografía sobre la Guerra Civil. Es legítimo, por tanto, acercarse desde diferentes vías. La historiográfica la ha explorado Núñez SEIXAS en el libro ya citado *¡Fuera el invasor!* Una particularmente vívida, aunque escasamente utilizada, es la de la representación gráfica y, en particular, la del cómic. En los últimos años han aparecido interesantes aportaciones como las de Carlos GIMÉNEZ con *Malos tiempos* pero, por encima de todos, destaca con fuerza el brillantísimo trabajo de ALTARRIBA, A., y AUBERT I PUIG-ARNAU, J.: *El arte de volar*, Alicante, Edicions de Ponent, 2009.

exclusivamente de su propia experiencia en las guerras coloniales africanas de principios de siglo, pues a ésta hay que incorporar también, como espacio y posibilidades de aprendizaje, la experiencia de sus vecinos y la de las herencias de la Primera Guerra Mundial, por más que no participase directamente en la misma. Fascismo, antifascismo, movilización para la guerra total, cultura de guerra, terror, guerra de exterminio, campo de concentración son categorías históricas que también debemos utilizar y con las que también debemos interpretar la Guerra Civil española, y que provienen (o durante la misma fueron radicalmente redimensionadas) más de la experiencia europea de la guerra, la violencia, el internamiento y la aniquilación del enemigo que, pongamos, de la experiencia colonial española en África²⁴. La importación de categorías a la Península, portada en las experiencias de los oficiales o en los macutos de los Regulares, fue sin duda determinante para la *brutalización* de las formas políticas y bélicas: no son, de hecho, análisis incompatibles, pues ambas perspectivas deben ser incorporadas en igual medida a la exégesis del periodo, en cuanto diferentes constructoras de unas prácticas políticas, sociales y culturales atravesadas de aceptación de la violencia y «desempatía» hacia el enemigo. Y tal vez éste sea uno de los retos más importantes para la historiografía presente y futura sobre la polisémica y poliédrica guerra del 36: mostrar su total y brutal complejidad, y hacerlo no desde estándares narrativos y explicaciones simplistas, sino desde la cercanía y el conocimiento de unos debates históricos y

²⁴ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra...», *op. cit.*, que hace referencia sobre todo a los trabajos que más han defendido la idea de la proveniencia africana de la brutalización bélica: BALFOUR, S.: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002, y NERÍN, G.: *La guerra que vino de África. España colonizada*, Barcelona, Crítica, 2005. Sobre la brutalización de la guerra véase BARTOV, O.: *The Eastern Front, 1941-1945, German troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, Palgrave, 2001 [1985]. Para ampliar los límites de este debate, MOSSE, G. L.: *Toward the final solution. A history of European racism*, Londres, J. M. Dent & Sons Ltd., 1978, e *id.*: *Le guerre mondiali. Dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma-Bari, Laterza, 1990. Sobre las prácticas de exterminio corriente véase BROWNING, Ch. R.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Europa*, Edhasa, Barcelona, 2002 (1992). Un intento de uso de categorías externas para la guerra española puede encontrarse en BAUMEISTER, M. (ed.): «If you tolerate this...». *The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Frankfurt-Nueva York, Campus, 2008. Una investigación regional ejemplar en este sentido es la del autor en este dossier, GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006.

epistémicos sobre la guerra y las violencias colectivas del siglo XX frente a los cuales no puede seguir mostrándose impermeable. En ese sentido, también la retaguardia podrá ser el espacio de otra transformación: la de la historiografía sobre la Guerra Civil²⁵.

La transformación más exitosa, deseada y radical fue, así, la muerte del enemigo. Pero hubo más, inherentes a ese espacio común que supuso la retaguardia. La de los prisioneros de guerra en prisioneros políticos a través de las políticas de clasificación, internamiento, depuración y trabajos forzados realizadas en las cárceles y, sobre todo, los campos de concentración y los sistemas de trabajos forzados sería una de las que a más personas afectó durante el periodo bélico (y posbélico, cuando la retaguardia era *todo* el territorio nacional). Otra no menos importante, y también llevada a cabo con la violencia como canal preferente, fue la efectuada *dentro* de la retaguardia, un espacio permeable, mutable e inestable, y radicalmente transformado. Primero, por sus propios habitantes y gestores, que la convirtieron no solamente en el granero y la banca del frente, sino en un ámbito bélico propio y definido, una línea de frente o un espacio de batalla en sí mismo. Y después, en el caso de la retaguardia republicana —y los pocos territorios conquistados a la España franquista—, por sus ocupantes. En una guerra de invasión territorial, como fue parcialmente la Primera Guerra Mundial y como fue la española de 1936-1939, una retaguardia se convierte rápidamente en territorio ocupado y, asimismo, en otra retaguardia radicalmente diferente, pues radicalmente opuestos son los poderes que se enfrentan en las trincheras a las que aportan sustento, combatientes o víveres. El ejemplo del fascismo español y de sus campos de concentración es, en ese sentido, paradig-

²⁵ Un tema que suele ser retratado de manera descriptiva y acumulativa pero que sitúa sobre la mesa debates de índole mucho mayor que la simple relación temática y espacial y que, por tanto, sigue falto aún de un puñado de reflexiones sobre los modos de ver la guerra desde la narración histórica, las herramientas de análisis de las que nos valemos, la jerarquía de los temas que proponemos-recreamos-reconstruimos, las cosmovisiones sobre el pasado bélico que transmitimos y su incidencia en el presente. Hay artículos como los de Santos Juliá, Manuel Pérez Ledesma, Julián Casanova, Hugo García o Juan Andrés Blanco que analizan cronológicamente el aluvión libresco sobre el conflicto, amén de algunos trabajos sectoriales (violencias, revisionismos) como los firmados por José Luis Ledesma o por mí. Pero estamos, a mi juicio, faltos de varios libros que inserten la historiografía de la guerra en el complejo entramado de la historiografía y el pensamiento histórico contemporáneos. Una visión personal de este asunto es la que propusieron IZQUIERDO, J., y SÁNCHEZ LEÓN, P.: *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006.

mático, pues sumó al internamiento de prisioneros su utilización como cantera para el trabajo forzoso que, en España, fue un mecanismo de ocupación territorial que unió directamente las primeras líneas de fuego con la sociedad tras las trincheras. Fue, por tanto, el hijo directo de un proceso de guerra civil, pero no sólo: también de un proyecto de sociedad. Y, tanto por su naturaleza mixta (al ocupar a civiles y a prisioneros de guerra) como por su implicación directa con las necesidades bélicas, fue un vehículo de unión entre los dos grandes universos característicos de cualquier guerra pero, sobre todo, de las guerras totales de la Europa del siglo XX.

El territorio recién conquistado fue, como en todas las guerras totales, inmediatamente convertido en tierra de castigo para sus habitantes y sus recursos económicos, destinados éstos a favorecer a los conquistadores aun a costa del hambre y la carestía de la población, y depurados política, social e ideológicamente aquéllos²⁶. A ello no poco contribuyó el que la guerra fuese relativamente *limpia* en lo que atañe a la guerra irregular, de guerrillas moviéndose tras los frentes en acciones de sabotaje y control territorial —lo cual no quiere decir que no existiesen ni que no preocupasen a las autoridades—, adquiriendo una relevancia solamente parcial en momentos puntuales de una sola retaguardia, la franquista²⁷. La del 36 fue una guerra vivida en unas retaguardias complejas social y políticamente —sobre todo la republicana, atravesada de conflictos armados internos como los de las disoluciones de las colectividades, la lucha interna del antifascismo en Barcelona o el golpe de Casado, pero también en menor medida la franquista, donde destaca como espacio de conflicto la Salamanca del 37— pero en las que debemos también considerar que parte de los sujetos receptores de las políticas de identificación y movilización activa, la *zona gris* de la que habla Carlos Gil en su artículo, pudieron vivir, sobre todo en la retaguardia franquista, con una relativa normalidad que dejaría tiempo y espacios para la realización efectiva de las prácticas de identificación y construcción de las culturas de guerra de las que aquí se hablan.

La del 36 fue una guerra, en suma, contra la población civil, transformadora en sus prácticas de ocupación territorial, atravesada de

²⁶ KRAMER, A.: *Dynamic of destruction...*, *op. cit.*, p. 41.

²⁷ SERRANO, S.: *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 23-67.

culturas de la violencia. Y una guerra, por fin, *total*. Observadas desde la óptica de lo que se puede identificar como retóricas y prácticas exterminadoras, comprobaremos cómo esas lógicas de la violencia, de la muerte y de la limpieza política abarcarían por igual a soldados y no combatientes, a las ciudades, las casas, las iglesias y los campos, totalizando el conflicto, pues a conflictos *totales* responderían dichas violencias²⁸. Una guerra total en movilización de recursos, total en explotación de los recursos humanos y económicos, propios o incautados, de cara a la victoria bélica, y total sobre todo en cuanto a la irrenunciabilidad de los objetivos de los estados en combate. Más allá de que la Guerra Civil alcanzase «a todos los lugares» y afectase «a las vidas de todas las personas», más allá de su dimensión militar, y más allá de hallarse o no entre las así denominadas por sus contemporáneos, la conflagración española fue total, pues las premisas de los combatientes así lo fueron²⁹. La capitulación incondicional, la consideración del civil como objetivo preferencial, movilización, control y coerción totales, la disolución de las fronteras entre los espacios y las nociones de público y privado y, sobre todo, la utilización de métodos totales de guerra a despecho de los más elementales principios morales (asesinato de civiles, internamiento preventivo y despiadado de soldados, depuraciones violentas de la población) fueron los jalones de una guerra total en los frentes y en las retaguardias, en la que la identificación propia y del enemigo se hizo también a través de elementos totales: todo o nada, el bien contra el mal.

En conclusión: la interacción entre violencia, movilización y cultura de guerra —entendida ésta como las prácticas culturales de identificación grupal frente al enemigo (un *ellos* estereotipado, proyección en negativo y responsable de los males, imaginarios, reales o potenciales, del *nosotros*) en tiempo de guerra o de paz— daría forma al concepto, noción y categoría histórica de retaguardia. Sin esos elementos, sin una construcción previa del enemigo maximizada por las necesidades bélicas, y sin el gradual y acumulativo odio hacia el *otro* elevado a norma de convivencia, no habrían podido atravesarse en

²⁸ Sobre las retóricas exterminadoras es necesario acercarse a los análisis de Santos Juliá, que abarcan varios trabajos, artículos y capítulos de libro, entre los que destacan JULIÁ, S.: «De guerra contra el invasor a guerra fratricida», en *id.* (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil...*, *op. cit.*, pp. 11-54, e *id.*: «Los nombres...», *op. cit.*

²⁹ Las citas en CHICKERING, R.: «La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total», *Alcores*, 4 (2007), pp. 21-36.

España todos los umbrales de aceptación cotidiana de la violencia, rotas sus ataduras con el golpe de Estado del 36. Tras el mismo, la transformación de las categorías políticas, sociales, culturales, se hizo palmaria durante una guerra total como la civil española, cuyas retaguardias se convirtieron en auténticos laboratorios de violencia, movilización e identificación. La construcción, de hecho, de identidades excluyentes coadyuvaría a explicar los procesos de violencia de masas encaminados a depurar, a limpiar, a derribar, pero también a reeducar, a recristianizar, a reconducir. Identidades totalizantes para una guerra total: España contra el invasor, España contra la anti-España, su negación misma.

Una de ellas acabaría transformando radical y definitivamente la otra con la victoria bélica y con la venganza política sin prácticamente paliativos. Si, en tiempo de guerra, España se convirtió en un enorme laboratorio de pruebas de la violencia contra los civiles, la transformación humana y del territorio, en tiempo de paz, sin combates ya por los monopolios de la violencia o por la apropiación de los discursos, sometidos los vencidos al yugo de la *verdadera* España (y perseguidos por sus flechas), el territorio ocupado fue, de nuevo, espacio de transformación. Por eso, en buena medida, tras el final retórico de la guerra con el fin de los combates, en abril de 1939, las muertes continuaron, las condenas políticas se mantuvieron y se alargó el estado de guerra hasta 1948: porque tras el paso de los ejércitos, toda España se convirtió, más que en una cárcel, en una inmensa retaguardia.

* * *

Sobre estas líneas recién apuntadas van a transcurrir los artículos que conforman este dossier. No se trata aquí, sin embargo, tan sólo de lanzar una mirada novedosa sobre el conflicto, sus representaciones y sus memorias, ligada a los avances historiográficos realizados en los últimos años sobre las violencias en retaguardia, la movilización o las simbologías, protagonistas de los cuales han sido, en buena medida, los integrantes de este dossier. Es, además y sobre todo, una exploración de la Guerra Civil como auténtico laboratorio histórico privilegiado de violencia, de movilización y construcción identitaria, de cultura de guerra. Las violencias tras las trincheras, de naturalezas en sí mismas poliédricas, no pueden comprenderse sin explorar las profundas conexiones que se establecen entre ellas y con otros aspectos

inherentes a la guerra (y a la vida, y a la muerte) tras los frentes. Elementos que afectaron —y hasta transmutaron— las vidas de miles de personas, a veces más incluso que la propia violencia. Pues, en definitiva, aunque se trate de explorar un territorio de muerte y castigo, ni la violencia lo es todo (aunque fuese de violencia —lógico— de lo primero que se alimentaron las retóricas autojustificativas y encaminadas a legitimar la eliminación del contrario), ni se trata aquí de reproducir dinámicas y percepciones memorísticas según las cuales en ella, o mejor, en sus víctimas, se condensa toda la guerra³⁰.

A través, por tanto, de un análisis complejo y comparado que no renuncie a *impurezas* interpretativas, es como situaremos el eje central de los actuales relatos históricos sobre la guerra, basados en la violencia desencadenada contra la población civil, en su contexto histórico y epistemológico. Para ello, los autores de este dossier plantean un debate poliédrico sobre movilización, cultura e identidad, con el prisma situado sobre las complejas interrelaciones de los diferentes fenómenos que dan sentido y naturaleza histórica a la vida tras las trincheras durante la Guerra Civil. Y eso, en buena medida, entronca en algunos casos lateralmente y en otros directamente con las propuestas para otros conflictos y procesos bélicos que configuran, *grosso modo*, el entramado histórico, interpretativo e historiográfico en el que se enclava este dossier. Eduardo González Calleja analiza las continuidades y discontinuidades en los repertorios de violencia entre los meses del Frente Popular y los primeros del conflicto bélico, desde una triple perspectiva: las continuidades culturales en la cultura de guerra, la actuación de escuadras paramilitares, y el control del orden público. Después, Rafael Cruz y José Luis Ledesma exploran los perfiles y contornos de las prácticas violentas en ambas retaguardias, el primero en particular los de las campañas de limpieza política realizadas al socaire del tiempo detenido y caluroso del verano del 36, y sus interconexiones con las necesidades de movilización y legitimación del poder tras los frentes. Algo en lo que abunda Ledesma que, además de una exhaustiva revisión conceptual de los ejes sobre los que bascula este dossier y una mirada sobre el poder y la represión que, lejos de excluirse, fueron realidades necesariamente unidas en la reta-

³⁰ LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica, 1939-2005», *Ayer*, 63 (2006), pp. 233-255.

guardia revolucionaria bajo el calor de los fuegos del 36, propone una interpretación de los mecanismos políticos en retaguardia mucho menos exclusiva de a la que estamos acostumbrados por una historiografía que, generalmente de modo formalista, concede solamente al Estado el control, entendido como limitador, de la violencia.

Por su parte, y abundando en esta perspectiva conscientemente situada a mitad de camino entre lo político, lo cultural y lo social, Carlos Gil plantea un estudio sobre las dimensiones prácticas de lo que significaba *vivir* en retaguardia, un espacio de identidad y violencia, construyendo con ello un espacio interpretativo en torno a la muerte y sus protagonistas, y adelantando la validez de categorías derivadas de otros procesos de violencia colectiva como el exterminio durante la Segunda Guerra Mundial para el análisis de la guerra española. Gil plantea, fundamentalmente, la noción de *zona gris* planteada por Primo Levi en *I sommersi e i salvati* para cuestionar los relatos dicotómicos al uso y para escudriñar las relaciones sociales e identitarias que desde las violencias se construyeron en el tiempo del terror y la exclusión. Algo en lo que profundiza Hugo García, al analizar los orígenes, las formas literarias y la utilización de las narrativas de violencia (en el caso que él analiza, la del *terror rojo*) desde la perspectiva de cómo se llenaron de contenido, de identidad, esas zonas grises de la sociedad sobre las que se proyectaban de manera radical los estereotipos del enemigo. De hecho, este artículo supone una indagación en los mecanismos de identificación y movilización del fascismo, y además en los territorios de construcción de una determinada memoria de la guerra que sigue viva y vigente en la actualidad. Está por hacer aún un análisis sobre los testigos, las memorias, las narraciones de la violencia franquista y sus estereotipos, y por ver si, salvando las lógicas distancias el correlato al antaño *terror rojo*, no sería hoy el relato del *genocidio franquista*.

Por fin, el último artículo sobre las continuidades y discontinuidades en las prácticas de violencia estatal, asesinato de masas y genocidio en la Europa de entreguerras, del profesor del Trinity College de Dublín Alan Kramer, sirve como contrapunto externo para comprender que, si queremos entender la Guerra Civil, es también necesario salir fuera de sus trincheras: estudiar otras guerras civiles pero, también, los conflictos mundiales cuyos límites cronológicos marcan los de la guerra civil europea y entre los cuales se sitúa la guerra del 36. Constatar sus herencias y legados, entender otros fenómenos de vio-

lencia y sus categorías de análisis y compararlos con los de la guerra española nos acercará al entendimiento de un conflicto huérfano de un testimonio de la talla de Vasili Grossman o de la infinita hondura y altura de Primo Levi, pero sobre el que reflexionaron nombres como Georges Orwell y Max Aub, entonces, o Marcos Ana, ahora. Si queremos comprender la hora más sangrienta del reloj español, habremos de comprender también las lecciones sobre la condición humana que se extraen de la Guerra de España. Esa de la que, mientras se termina esta introducción, se cumple el septuagésimo aniversario de su final. O mejor, del que Juan José Carreras denominó su final *retórico*.

Zaragoza, 1 de junio de 2009. 70 aniversario del regreso a Hamburgo de la Legión Cóndor que, según se leía ese día en *La Vanguardia*, había combatido en España a las «heces patibularias del mundo».